



RECKLESS
Carne de piedra

CORNELIA FUNKE

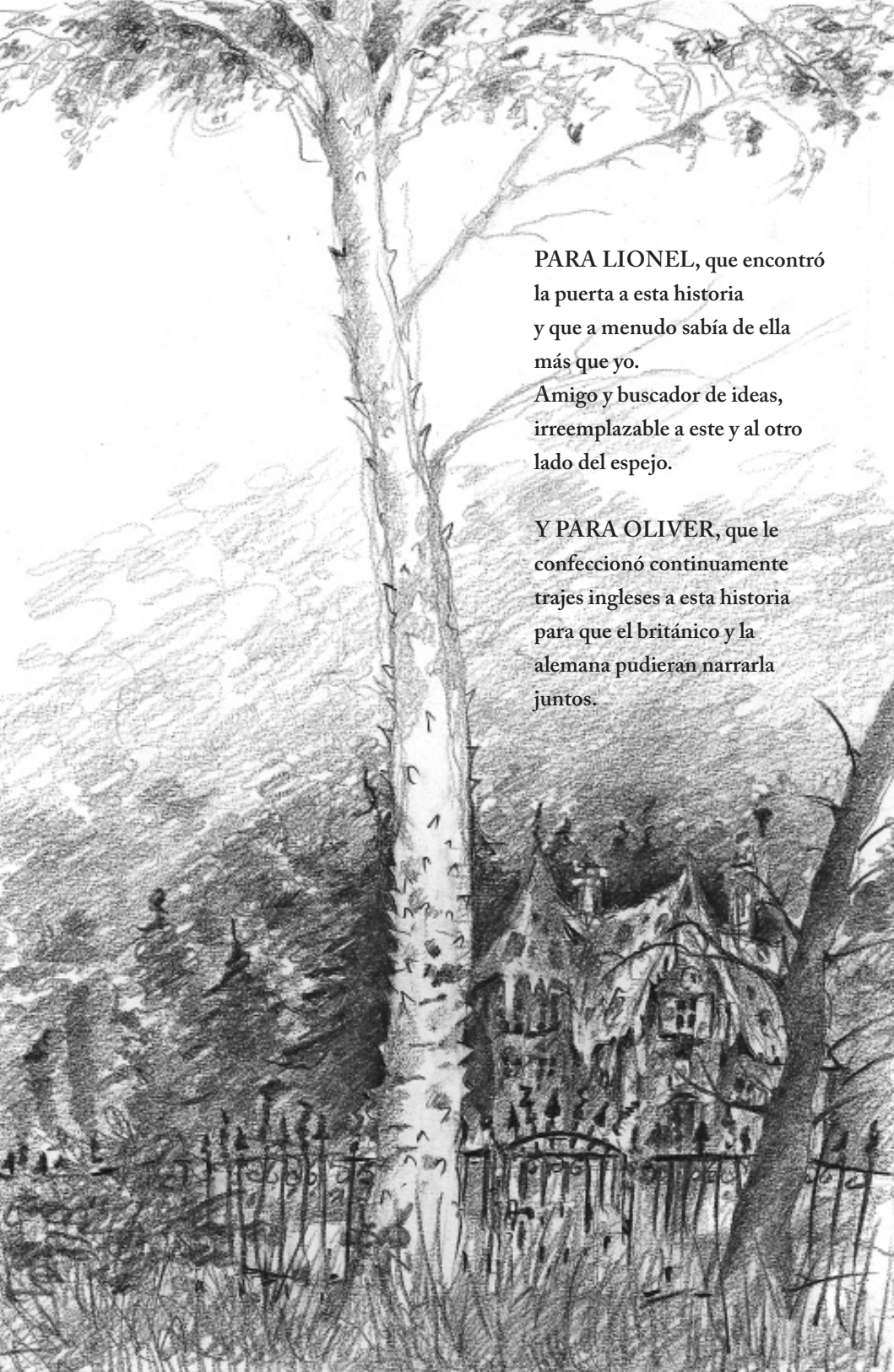
Historia hallada y narrada por
Cornelia Funke y Lionel Wigram

Ilustraciones de la autora

Traducción del alemán de
María Falcón Quintana

Biblioteca Funke Ediciones Siruela

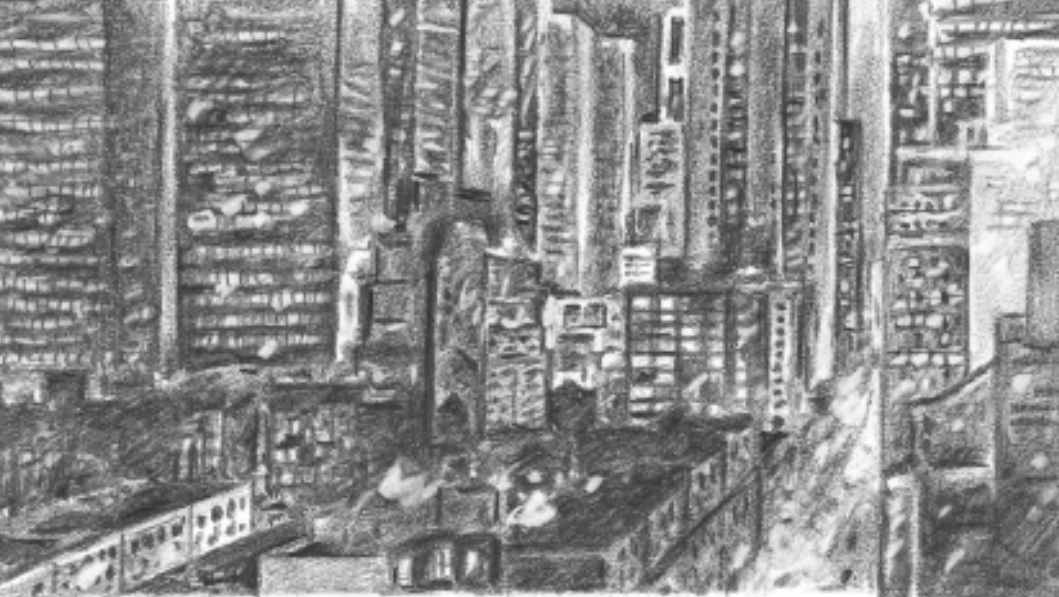




PARA LIONEL, que encontró
la puerta a esta historia
y que a menudo sabía de ella
más que yo.

Amigo y buscador de ideas,
irreemplazable a este y al otro
lado del espejo.

Y PARA OLIVER, que le
confeccionó continuamente
trajes ingleses a esta historia
para que el británico y la
alemana pudieran narrarla
juntos.



1

ÉRASE UNA VEZ

La noche respiraba en la casa como un oscuro animal. El tictac de un reloj. El crujido de la tarima al salir de la habitación..., todo se ahogaba en su silencio. Pero Jacob amaba la noche. Sentía su oscuridad como una promesa sobre la piel. Como un abrigo tejido de libertad y peligro.

Fuera, las deslumbrantes luces de la ciudad hacían palidecer las estrellas; y la amplia vivienda se ahogaba con la tristeza de su madre. Ella no se despertó cuando entró en su habitación y abrió el cajón de la mesilla. La llave estaba justo al lado de las pastillas para dormir. El frío



metal se adaptó a la mano de Jacob cuando éste salió de nuevo al oscuro pasillo.

En la habitación de su hermano, como de costumbre, seguía encendida la luz —Will tenía miedo a la oscuridad—, y Jacob comprobó que dormía profundamente antes de abrir el despacho de su padre. Su madre no lo había pisado desde su desaparición, aunque no era la primera vez que Jacob se colaba en él buscando las respuestas que ella no quería darle.

Era como si John Reckless hubiera estado sentado por última vez a su escritorio tan sólo una hora antes y no un año atrás. De la silla colgaba la chaqueta de punto que acostumbraba llevar, y una bolsita de té usada se resaca sobre un plato junto al calendario, que indicaba las semanas de un año anterior.

¡Vuelve!, escribió Jacob con el dedo en las ventanas empañadas, en el escritorio polvoriento y en los cristales de la vitrina donde seguían guardadas las viejas pistolas que su padre había coleccionado.

Pero la habitación estaba en silencio y vacía. Él tenía doce años y ya no tenía padre. Jacob dio una patada a los cajones que había registrado en vano durante tantas noches, tiró libros y revistas de las estanterías con una rabia muda y derribó las maquetas de aviones que colgaban sobre el escritorio, avergonzado por el orgullo que había sentido cuando le dejaron pintar una de ellas con laca de color rojo.

¡Vuelve!, quería gritar por las calles que, siete pisos más abajo, abrían veredas de luces entre los bloques de edificios, y en las mil ventanas que estampaban cuadrados luminosos en la noche.

Una hoja de papel se cayó de un libro sobre reactores

y Jacob la recogió sólo porque creyó reconocer en ella la letra de su padre. Sin embargo, rápidamente se percató del error. Símbolos y ecuaciones, el boceto de un pavo real, un sol, dos lunas. Nada de aquello tenía sentido. Salvo una frase que encontró al dorso de la hoja:

EL ESPEJO SÓLO SE ABRE PARA EL QUE NO SE VE A SÍ MISMO.

Jacob se volvió, y su propio reflejo le devolvió su mirada.

El espejo. Aún recordaba el día en que su padre lo había colgado. Como un ojo reluciente, pendía entre las estanterías de libros. Un abismo de cristal en el que, deformado, se reflejaba todo lo que John Reckless había dejado atrás: su escritorio, las viejas pistolas, sus libros... y su hijo mayor.

El cristal era tan irregular que uno apenas se reconocía en él, y era más oscuro que el de otros espejos, pero los rosales trepadores que serpenteaban sobre el marco de plata eran tan reales que parecían estar a punto de marchitarse en un instante.

EL ESPEJO SÓLO SE ABRE PARA EL QUE NO SE VE A SÍ MISMO.

Jacob cerró los ojos.

Se volvió de espaldas al espejo.

Detrás del marco buscó a tientas algún cerrojo o pestillo.

Nada.

Clavó una y otra vez los ojos en su propio reflejo.

Pasó un buen rato antes de que comprendiera.

Su mano no era lo suficientemente grande como para cubrir la imagen deformada de su rostro, pero el cristal se adaptó a sus dedos como si los hubiera estado

esperando, y de pronto, el cuarto que vio a sus espaldas en el espejo ya no era la habitación de su padre.

Se dio la vuelta.

A través de dos ventanas estrechas, la luz de la luna caía sobre los muros grises y sus pies descalzos pisaban una tarima cubierta de cáscaras de bellota y huesos roídos de pájaro. El cuarto era más grande que el despacho de su padre, y Jacob vio sobre él telarañas que colgaban como una gasa de las vigas del techo.

¿Dónde estaba? La luz de la luna le pintó manchas en la piel cuando se acercó a una de las ventanas. En la rugosa moldura se habían quedado pegadas las plumas ensangrentadas de un pájaro, y mucho más abajo, contempló muros quemados y colinas oscuras en las que unas luces perdidas titilaban. Estaba en una torre.

El mar de casas y las calles iluminadas habían desaparecido. Todo lo que conocía se había esfumado, y entre las estrellas había dos lunas, de las cuales la pequeña, de color rojo, parecía una moneda oxidada.

Al volverse hacia el espejo descubrió el miedo en su propio rostro, una sensación que le había atraído siempre. Lo tentaba hacia lugares oscuros, a través de puertas prohibidas y lejos de sí mismo. Incluso la nostalgia por su padre se ahogaba en él.

En los muros grises no había ninguna puerta, únicamente una trampilla en el suelo. Al abrirla, Jacob observó los restos de una escalera quemada que desaparecía en la oscuridad, y por un instante creyó ver debajo de él a un hombrecillo encaramándose a las piedras. Pero un ruido lo hizo volverse.

Sobre él cayeron telarañas y algo saltó a su nuca emitiendo un gruñido áspero. Sonaba como un animal, pero

el rostro desfigurado que enseñaba los dientes intentando morderle el cuello estaba tan pálido y arrugado como el de un viejo. Era mucho más pequeño que Jacob y flaco como un saltamontes. Su ropa parecía hecha de telarañas, el cabello gris le llegaba hasta la cintura, y cuando Jacob lo agarró por el fino cuello, los dientes amarillos se enterraron profundamente en su mano. Lanzando un grito, sacudió de sus hombros al agresor y se fue, tambaleándose, hacia el espejo. El zancudo saltarín volvió a levantarse y lo embistió mientras se relamía la sangre de Jacob, pero antes de que lo pudiera alcanzar, Jacob apretó la mano sana contra su rostro asustado. La enjuta figura desapareció, al igual que los muros grises, y a sus espaldas volvió a ver el escritorio de su padre.

—¿Jacob?

La voz de su hermano apenas se distinguía entre los latidos de su corazón. Jacob respiró con dificultad y se apartó del espejo.

—Jake, ¿estás ahí dentro?

Se cubrió la mano mordida con la manga y abrió la puerta.

Los ojos de Will, fuera de sus órbitas, reflejaban miedo. Había vuelto a tener malos sueños. El hermano pequeño. Seguía a Jacob como un cachorrillo y él protegía a Will en el patio del colegio y en el parque. Y a veces le perdonaba, incluso, que su madre lo quisiera más.

—Mamá dice que no debemos entrar en este cuarto.

—¿Desde cuándo hago lo que dice mamá? Si te chivas no volveré a llevarte al parque.

Jacob creyó sentir el cristal del espejo, frío como el hielo, en la nuca. Will fisgoneó discretamente, pero bajó la cabeza cuando Jacob cerró la puerta tras de sí. Si

Jacob era imprudente, Will era cauto; si él, colérico, Will, tierno; si él era infatigable, Will era tranquilo. Al darle la mano a Jacob, Will advirtió la sangre en sus dedos y lo miró interrogante. Sin decir nada, Jacob lo llevó de vuelta a su habitación.

Lo que el espejo le había mostrado le pertenecía a él. Sólo a él.